

CAPITULO CXXV.

Gran combate naval con los genoveses en que quedan prisioneros los reyes de Aragón y de Navarra.—Entrada triunfal de D. Alfonso en Nápoles.—Paz general en Italia.—Muere D. Alfonso V de Aragón.

AL reclamar el aragonés del pontífice la investidura del nuevo reino, pidióle aquel la corona de Nápoles como en feudo de la Santa Sede, y el duque de Milan mostrósele contrario también, uniéndose á los angebinos, los genoveses y al conde Francisco Sforza.

El rey de Aragón á su vez, y puesto que las cosas habian llegado á un extremo que solamente por medio de las armas podian resolverse, púsose á sitiá á Gaeta, pero los defensores de la plaza pidieron auxilio á los confederados, y cuando estaban á punto de rendirse presentáronse doce naves genovesas, dos galeras y una galeota que llegaban en su auxilio.

Juzgaron los aragoneses fácil la victoria, y embarcándose en las catorce naves y once galeras que componian su flota, el rey y la mayor parte de sus condes, barones y caballeros, trabóse bien pronto la pelea cerca de la isla de Ponza.

Encarnizada y sangrienta la batalla, mas valeroso que entendido en operaciones navales el monarca de Aragón, sirviendo la mayor parte de sus caballeros mas de estorbo que de utilidad en aquella función, los reputados marineros catalanes, víéronse de tal manera envueltos por los genoveses, que bien pronto, y á pesar de los prodigios de valor que se hicieron, quedó derrotada por completo la escuadra del rey de Aragón.

Este, sus dos hermanos, el rey de Navarra y el infante D. Enrique, el príncipe de Tarento, el duque de Sessa y lo mas noble de Aragón, de Cataluña, de Valencia y aun de Castilla, quedó prisionero en aquella funesta jornada, que tuvo lugar el 5 de agosto de 1475.

Semejante triunfo naval alentó á los defensores de Gaeta que pronto hicieron levantar el cerco á la ya mermada hueste que la sitiaba, y las naves apresadas al rey de Aragón fueron incendiadas por los vencedores.

En cambio el Monarca fue tratado con las mayores consideraciones, conservando todo el tiempo de su cautiverio la misma noble altivez y dignidad que si hubiera quedado vencedor.

Trasladado á Milan con su hermano el rey de Navarra fue objeto de las mayores distinciones por parte del duque y de la duquesa, en términos que el rey de Aragón dijo á un mensajero que su esposa le envió, *que esté alegre que yo vivo aquí como en mi propia casa.*

El temor que inspiró á los mismos príncipes italianos el engrandecimiento que podia obtener la Francia triunfando la causa de Renato de Anjou en Nápoles, unido al lenguaje insinuante y elocuente del rey de Aragón, consiguió finalmente inclinar el ánimo del milanés á hacer una alianza ofensiva y defensiva con D. Alfonso de Aragón, poniéndole poco despues en libertad.

El rey de Navarra, que primeramente quedó libre, vino á España á tranquilizar á los súbditos de su hermano que se hallaban harta alarmados con el desastre de Ponza, y así fue que asistieron inmediatamente á las cortes generales, convocadas por la reina D.^a María, en Monzon, á pesar de que, segun sus leyes, cortes de los tres reinos, solamente podia convocarlas el Rey.

Renato de Anjou envió á Nápoles á su esposa Isabel de Lorena, pues como sabemos estaba prisionero, y esta noticia hizo apresurar la libertad de D. Alfonso de Aragón, entregándole la plaza de Gaeta y prometiendo ayudarle en su empresa respecto al reino de Nápoles.

El infante D. Pedro se apoderó de Terracina, y el Pontífice, irritado por esto, declaróse abiertamente contra Alfonso, confiriendo la investidura del reino de Nápoles al de Anjou, por lo cual irritado á su vez D. Alfonso rompió también sus relaciones con la Santa Sede.

Abiertas las cortes de Monzon tratóse especialmente de los medios de atender á las necesidades de la guerra, quedando acordado que cada uno de los tres reinos convocase sus parlamentos particulares, los cuales votaron desde luego los auxilios necesarios.

Muchas embajadas y muchas contestaciones mediaron entre el pontífice y el aragonés, sin que pudieran llegar á un acuerdo definitivo, hasta que por fin, rotas las hostilidades, comenzó la guerra con varia suerte, y sin un resultado definitivo merced á los repentinos cambios, y á la volubilidad de varios capitanes y grandes señores, que enemigos hoy, trocábanse en amigos de repente, para transformarse en adversarios al siguiente dia.

De prolijos pecaríamos si á relatar fuéramos todos los incidentes de aquella campaña que, para hacerla mas complicada, el concilio de Basilea, promoviendo un nuevo cisma, produjo un conflicto mas, en situación ya de suyo harto peligrosa.

Por otra parte, las condiciones de nuestra publicacion tampoco nos permiten extendernos como deseáramos, máxime en asuntos que, si bien ejercian gran influencia en uno de los estados de nuestra Península, mas bien pertenecen á la historia de Italia, donde se debatian todas aquellas cuestiones, y donde tenian lugar tan graves acontecimientos.

En el sitio de Nápoles el infante D. Pedro, hermano del Rey, quedó muerto de un tiro de lombarda, exclamando el Monarca con sollozante acento: *Dios te perdona, hermano, que otro placer espe-*

raba yo de tí que verte de esta manera muerto. Sea Dios loado que hoy murió el mejor caballero que salió de España. Pérdida grande puesto que el infante reunia cualidades que le hacian altamente recomendable.

Las cortes de sus reinos reclamaban del Monarca su presencia en Cataluña puesto que su ausencia por tan dilatado tiempo hacíase sentir en gran manera, pero el monarca aragonés, cada vez mas empeñado en aquella empresa, consiguió finalmente en 2 de junio de 1442, posesionarse de Nápoles, despues de un obstinado cerco, y al cabo de veinte años empleados para aquella conquista habiendo arrostrado toda clase de peligros.

D. Alfonso V hizo su entrada en Nápoles en medio de las mas entusiastas aclamaciones, celebrándose fiestas y regocijos generales que ya de antemano habian preparado, aquellos que por tanto tiempo fueron sus enemigos.

D. Alfonso dió una prueba de su nunca desmentida generosidad concediendo indulto general á todos sus enemigos, y recompensando largamente á todos los que le habian ayudado.

En el parlamento general que allí se celebró se tomaron prudentes medidas de gobierno, y se declaró duque de Calabria y heredero y sucesor de Alfonso V en aquel reino, á su hijo bastardo el infante D. Fernando.

Entonces el rey de Aragón, que no se habia declarado por ninguno de los dos pretendientes al pontificado, se declaró á favor del verdadero papa, Eugenio IV, con la condicion de que este le habia de dar la investidura del reino de Nápoles, confirmando la adopcion que de él habia hecho la reina Juana, y que legitimaria á su hijo bastardo D. Fernando, habilitándole para sucederle en sus reinos, y que entregaria á este el gobierno de las ciudades de Benavento y Terracina; todo lo cual fue aceptado por Eugenio puesto que á su vez le prometió el rey de Aragón que le recobraría las tierras que el conde de Sforza tenia ocupadas en la Marca, y que no reconoceria otro pontífice que él.

De este modo en 1443, ó sea al cabo de veinte y dos años de lucha, el jefe de la Iglesia sancionaba el derecho que el rey de Aragón acababa de hacer valer sobre el trono de Nápoles por medio de las armas.

Poco despues, y con motivo de una enfermedad que puso en grave riesgo la vida del rey D. Alfonso, para asegurar este la sucesion en aquel estado de su hijo el duque de Calabria, trató su boda con Isabel de Claramonte, hija de Tristany, gran privado del rey Jacobo de la Marca, y de Catalina Ursino hermana del príncipe de Tarento.

Con la muerte del papa Eugenio IV, ocurrida en 23 de febrero de 1447, y la consecuente elevacion á la silla pontificia de Nicolás V, dióse un gran paso para la paz de la Italia que tanto deseaba ya también el rey de Aragón.

La muerte del duque de Milan, dejando por heredero universal de sus estados al rey de Aragón contra la voluntad de este, provocó nuevos conflictos, que finalmente tuvieron término, quedando Francisco Sforza en la sucesion del estado de Milan.

En 29 de mayo de 1453, despues de cincuenta y cuatro dias de asedio, Constantinopla cayó en poder de los turcos, muriendo el último emperador cristiano, Constantino Paleólogo, con la mayor parte de la nobleza griega, sucumbiendo de este modo el imperio cristiano de Oriente.

Esto apresuró la paz universal á fin de poder volver todas las armas contra el turco, consiguiéndolo al fin los esfuerzos del Pontífice, y los deseos del monarca aragonés.

Calisto III, que sucedió á Nicolás V, á pesar de ser español, y de haber contribuido en gran manera á su elevacion el rey de Aragón y de Nápoles, no se mostró muy favorable á este, produciéndose con esto nuevos disturbios.

Empeñado se hallaba Alfonso V de Aragón en la guerra con Génova, cuando vino á sorprenderle la muerte.

Despues de un reinado tan borrascoso, y que habia durado cuarenta y dos años, cayó enfermo en el castillo de Ovo, de Nápoles, lo que puso fin á su agitada existencia el dia 27 de junio de 1458, contando la edad de sesenta y cuatro años.

Dejó en su testamento por heredero del trono de Nápoles al duque de Calabria, D. Fernando, y en los de Aragón, Sicilia, etc., á su hermano el rey de Navarra y á sus descendientes.

Lo que mas extraño se hizo, fue que en su testamento no nombró para nada á su virtuosa esposa, D.^a María, á pesar de haber dado pruebas de ser una excelente princesa, lo que vino á confirmar lo que anteriormente se habia dicho sobre que queria repudiarla para contraer nuevo enlace con D.^a Lucrecia de Alaó.

Dejó ordenado en aquel documento, que se dieran para la expedicion que se proyectaba contra los turcos sesenta mil ducados, y que lo enterrasen en el monasterio de Poblet de Cataluña.

Brillantes cualidades adornaban á D. Alfonso V como príncipe y como guerrero, pues si algunos han podido tacharle de ambicioso por el empeño que tuvo en apoderarse de Nápoles, debió desaparecer esta sospecha cuando renunció tan espontáneamente la herencia de Milan.



D. JUAN II (EL GRANDE) DE ARAGON.

CAPITULO CXXVI.

Reino de Navarra.—D. Juan de Aragón, rey de Navarra.—El príncipe de Viana.—Segundo matrimonio del rey D. Juan y desavenencias que produjo.—Mala suerte del príncipe de Viana en las guerras que sostuvo contra su padre.—Su prision y causas á que debió su libertad.—Extraordinarias simpatías de que disfrutaba.—Entusiasmo de los catalanes á su regreso de Nápoles y Sicilia.—Nueva prision de D. Carlos é indignación pública.—Alcánzale la libertad los catalanes.

Por muerte de Carlos el Noble, en 1425, según hemos manifestado ya, obtuvo la corona de Navarra su hija D.^a Blanca, casada en segundas nupcias con D. Juan, infante de Aragón, y súbdito del monarca de Castilla.

Importante por mas de un concepto es este reinado puesto que en él se reunieron en una sola cabeza las coronas de Aragón y Navarra, para que en el inmediato fueran ya á constituir una sola monarquía reinos que hasta entonces permanecieron separados, y casi constantemente enemigos.

El rey D. Juan, mas amigo de andar atizando discordias y fomentando rebeldías en Castilla, como hemos visto, que de cuidarse de los negocios de sus estados, abandonó por completo su cuidado, á D.^a Blanca su esposa, consiguiendo con esto, y con las ruinosas guerras entabladas con Castilla, disgustar á sus vasallos naturales, y promover graves perturbaciones durante el turbulento reinado de D. Juan II.

Mas tarde hémosle visto marchar á Sicilia con su hermano don Alfonso V de Aragón, caer prisionero con él en el combate de Ponza, y obtenida la libertad merced á la generosidad del duque de Milan, volver á Aragón con el cargo de lugarteniente.

En 1441 su esposa D.^a Blanca, después de haber regido con extraordinario acierto aquel reino tan desatendido por su esposo, falleció, dejándole de su matrimonio, á D.^a Blanca, casada con el príncipe de Asturias D. Enrique, y mas tarde repudiada por él; don Carlos á quien se había dado el título de príncipe de Viana á semejanza del príncipe de Asturias de Castilla, y á D.^a Leonor, que desde muy joven casó con Gaston de Foix.

Segun el testamento otorgado por aquella reina en Pamplona, quedaba instituido por heredero de aquel reino, y del ducado de Nemours, su hijo D. Carlos, á quien rogaba que no tomase el título de Rey hasta el fallecimiento de su padre.

El joven príncipe tomó el gobierno del reino bajo el título de lugarteniente del Rey, casándose este al poco tiempo con D.^a Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, casamiento destinado á causar grandes y profundas divisiones en el reino.

Tan hermosa como sagaz, y tan diestra como ambiciosa, la consorte del rey de Navarra bien pronto comenzó á ejercer un gran ascendiente sobre él, y estimando en mas al hijo propio que al de su esposo, comenzó á preparar el camino que tantas turbulencias y tan graves escisiones había de ofrecer mas tarde, y que tan trágico desenlace había de tener.

D. Juan enviaba á Navarra al objeto de restringir y fiscalizar las acciones del príncipe D. Carlos, y bien pronto dividido el reino en dos poderosas facciones como eran las de los *agramonteses* y *beamonteses*, nombres tomados de las poderosas familias de sus jefes, comenzaron á ensangrentarse los campos, á enconarse los ánimos y á excitarse las rivalidades.

Los *agramonteses* estaban de parte de la Reina y como lógica consecuencia los *beamonteses* sostenían al príncipe; quejose este, primeramente con respeto, al rey su padre de la conducta observada respecto á él por su madrastra, obteniendo solamente el mas indigno desprecio; esto acabó de indisponer los ánimos, y como que Castilla deseaba á su vez vengarse del que tantos disgustos le ocasionara, fomentó la animosidad entre padre é hijo, poniéndose finalmente al lado de este, cuando llegó el momento de declararse la guerra entre ambos.

La Reina se encerró en Estella habiendo dado á luz algunos meses antes en la villa de Sos un hijo que se llamó Fernando, destinado, andando el tiempo, á unir sobre su frente las coronas de Aragón y de Castilla.

Destinado fue el éxito que tuvo aquella guerra para el príncipe de Viana. Entablada la pelea, las tropas de este quedaron derrotadas, y él, hecho prisionero por su padre, fue encerrado en el castillo de Tafalla, y trasladado después al de Monroy.

La noticia de semejante prision causó extraordinario efecto tanto en Aragón como en Navarra, que interesados vivamente por su libertad, no descansaron hasta conseguirla, ajustándose entre padre é hijo algunas estipulaciones de las que no era posible esperar el cumplimiento, dada la situación á que llegaron las cosas y al odio cada vez mas enconado de los bandos.

Efectivamente, poco tiempo después volvieron á romperse las hostilidades; la misma Reina salió en persecucion de su cuñado, el cual fue derrotado nuevamente, viéndose obligado á abandonar la lugartenencia á su canciller y capitán D. Juan de Beaumont, dirigiéndose á Nápoles á impetrar el auxilio y el favor de su tío don Alfonso.

El monarca aragonés envió una embajada á su hermano al objeto de llegar á una conciliacion franca y duradera; mas por una parte, las imprudencias de los *beamonteses* que aclamaron por rey de Navarra al príncipe D. Carlos y las excitaciones del rey de Castilla que ya lo era á la sazón Enrique IV, y por otra, la ambicion de la reina D.^a Juana Enriquez, y la anti-política conducta del rey D. Juan, contribuían á que no dieran resultado los buenos oficios del monarca de Aragón.

El príncipe de Viana, sabedor de lo que ocurría, con una pru-

dencia y una discrecion nunca bastantemente elogiadas, escribió á los caballeros de su bando para que desistieran de aquella insensata proclamacion; suplicó al mismo tiempo al rey de Castilla que cesase de fomentar disidencias, y sabedor de que su padre y su madrastra andaban en tratos con el rey D. Enrique para atraerle á su partido, á cuyo fin habian de celebrar vistas entre Alfaro y Corella, envió á D. Juan de Beaumont para que propusiera que los castillos y fortalezas de Navarra se pusieran en manos del aragonés sujetándose á su decision.

Esta proposicion, como era natural, fue desechada por el rey D. Juan, y entonces D. Alfonso de Aragón y de Nápoles envió nueva embajada compuesta de D. Luis Despuig, maestre de Montesa, y D. Juan de Híjar, varones ambos de gran autoridad, á fin de que vieran de inclinar el ánimo del rey D. Juan para que sometiesen á su buen criterio la amigable decision de aquel litigio.

El de Navarra no tuvo otro remedio que ceder, y se ajustó una tregua de seis meses; pero cuando el príncipe confiaba en que merced á la proteccion de su tío pudiera hacer valer sus derechos, ocurrió la muerte de aquel, quedando por heredero de los estados de España, de Sicilia y de Cerdeña, su hermano D. Juan, enemigo y padre del príncipe.

Este, á fin de no excitar recelos en su primo el de Nápoles, dadas las simpatías que se había captado en aquel reino, retiróse á un monasterio de benedictinos cerca de Mesina, templando algun tanto la austeridad de aquella parte de su existencia, los amores que tuvo con una dama siciliana, de la cual tuvo un hijo que llevó por nombre Juan Alfonso de Navarra (1).

El rey D. Juan, que continuaba aborreciéndole á pesar de su retraimiento, y que había confiado el gobierno de Navarra á doña Leonor, condesa de Foix, hermana del príncipe, y su encarnizada enemiga, envióle una orden en 1459 para que pasase á Mallorca.

Una vez allí, dirigió al rey su padre una carta llena de sumision y respeto, quejándose del trato de que era víctima, pidiendo que se le devolviese su principado de Viana sin los castillos, añadiendo además otras peticiones tan justas como prudentes, y habiendo el monarca accedido á algunas de ellas, celebróse finalmente el 26 de enero de 1460, un tratado de paz y concordia entre padre é hijo, por el cual se le restituían las rentas de su principado quedando desterrado el príncipe tanto de Navarra como de Sicilia, en castigo de su pasado.

D. Carlos, fiado en la concordia que acababa de celebrar con su padre, y contra la opinion de los *beamonteses*, desembarcó en la playa de Barcelona hospedándose en el monasterio de Valldoncellas, extramuros de la ciudad.

Rehusó el suntuoso recibimiento que le preparaban los barceloneses, suspendiendo por entonces su entrada, y escribió á su padre disculpándose de su llegada á Cataluña sin su licencia, con lo perjudicial que á su salud era el clima de las Baleares, como así era efectivamente.

Comenzó entonces á tratar secretamente con el rey de Castilla, el cual le ofrecía la mano de su hermana la infanta Isabel, y al saber D. Juan la llegada de su hijo, prohibiendo á los catalanes que le hiciesen demostracion alguna de aprecio ni que le diesen nombre ni título, dirigióse inmediatamente á Barcelona en compañía de su esposa saliendo á recibirles el príncipe á Igualada, pidiendo perdon á su padre si en algo pudiera haberle ofendido, haciendo los tres su entrada en Barcelona en medio de públicos festejos.

Por este tiempo recibió D. Juan noticias de Castilla respecto á los secretos tratos en que andaba el príncipe, y como quiera que en su propósito entraba el casar á su otro hijo D. Fernando con la infanta Isabel, disgustóle extraordinariamente, é irritado, mandó á llamar al príncipe á Lérida, donde estaba celebrando cortes de catalanes, prendiéndole inmediatamente y encerrándole en un castillo.

Esta prision conmovió no solamente á Cataluña, Aragón, Valencia y Navarra, sino que produjo gran efervescencia en Castilla.

Los catalanes tomaron las armas; sacóse en Barcelona la bandera real y el estandarte de la Diputacion, y dirigiéronse los tumultuados á Lérida, tuvo el Monarca que huir precipitadamente camino de Fraga, hasta llegar á Zaragoza con la Reina y el príncipe, á quien encerraron en el castillo de la Aljaferia, trasladándole después al de Morella, en febrero de 1461.

La insurreccion cundia por do quiera llegando hasta las islas de Sicilia y de Cerdeña; el rey de Castilla invadió la Navarra, y el rey de Aragón, intimidado por tan formidable tempestad, no tuvo otro remedio que hacer que la Reina pusiese en libertad al príncipe, dirigiéndose con él á Barcelona, aun cuando quedóse esta en Villafraña, por los desórdenes que su presencia podia provocar en la ciudad, penetrando en ella solamente el Príncipe en medio de un entusiasmo sin limites.

(1) Antes de esto, había tenido en Navarra un hijo de D.^a Berarda de Vaca, llamado Felipe, conde de Beaufort, y una hija de D.^a Maria de Armendariz.



D. CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA.